

IGLESIA Y SOCIEDAD

CRONICA RAPIDA DE UNOS ENCUENTROS ECUMENICOS EN GINEBRA

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Ya en otro lugar¹ hemos tenido ocasión de subrayar la profunda transformación que ha sufrido el papel de Ginebra. La que antaño fue una ciudad-fortaleza, cerrada sobre sí misma, hostil a cuanto no fuera el calvinismo más rígido, enquistada en un confesionalismo exigente... se ha transformado en una encrucijada de caminos, y no sólo turísticos, culturales o políticos, sino también religiosos.

El Movimiento ecuménico, al encarnarse en el Consejo ecuménico de las Iglesias, la eligió por sede. Y aunque para sus grandes conferencias elija otras ciudades, algunas tan alejadas como Nueva Delhi, la actividad habitual, la oscura, la eficaz, la que prepara esas grandes reuniones, tiene lugar en Ginebra. No hace todavía muchos meses que se inauguró la nueva sede. Un edificio funcional, situado en medio del campo, rodeado de un paisaje apacible y en el que, con exquisito gusto, se ha respetado la suave ondulación del terreno, dándole esa gracia que tantas veces falta en las modernas construcciones.

Sin que pueda decirse que Ginebra es una ciudad trepidante, aunque como en todas partes la ciudad vaya haciéndose cada vez más densa, existe, sin embargo, un claro contraste entre el centro de la ciudad y esos alrededores de la carretera que lleva a Ferney donde se ha instalado el Consejo.

Hasta la misma distribución interna del edificio respira poesía, pues a cada una de las alas le han dado el nombre de accidentes geográficos, con lo que parece uno moverse más al aire libre que en un edificio destinado en gran parte a oficinas.

¹ *Ginebra de bastión a encrucijada*. "Vida Nueva" 539 (10 de setiembre de 1966), pág. 11.

Con una mezcla de eficacia anglosajona y de esa inimitable "manera de hacer" propia de los suizos, se ha logrado que todo dentro del edificio funcione a la perfección, desde la biblioteca al bar, pasando por la portería o el salón de actos. El visitante sale siempre complacido.

"No sé si respondiendo o no a una intención premeditada, pero el hecho es que lo primero que el visitante alcanza a ver, lo que se destaca netamente del conjunto del edificio es la capilla. Podrá costarle más o menos dar luego, cuando ya esté en el interior, con esta o aquella oficina, con la biblioteca o el bar. Pero de la capilla no podrá prescindir. Está allí, junto a la entrada, con una invitación a la plegaria"².

La sede del Consejo ecuménico ha sido este verano marco adecuado para dos reuniones de extraordinaria importancia sobre las que queríamos hablar. Diremos sencillamente algo del ambiente que las rodeó, de la celebración de cada una de ellas y de las conclusiones que pueden deducirse.

El ambiente

No puede entenderse el Consejo Ecuménico sin tener en cuenta sus antecedentes. Es una historia relativamente breve, pero muy movida, y en la que se han logrado sintetizar dos movimientos antitéticos.

Como es sabido, cuando nació el movimiento ecuménico y surgió en bastas dimensiones la preocupación por hacer algo en favor de la unidad de los cristianos, aquellos en quienes prendió aquella preocupación buscaron una solución en direcciones antitéticas. Para unos era necesario prescindir de las cuestiones doctrinales: pongámonos a trabajar juntos, en empresas comunes, que nos obliguen a tratarnos, que nos interesen a todos, y pronto se borrarán los confines y se logrará la unidad. Para otros, en cambio, este ecumenismo sin respaldo teológico estaba llamado al fracaso. Se traduciría en unas cuantas empresas puramente pragmáticas, sin contenido alguno. Más que ponerse a trabajar ciegamente, importaba profundizar en la reflexión y preguntarse por los fundamentos ideológicos de la unidad cristiana. De aquí que mientras el primer movimiento tomaba el nombre significativo de "Vida y Acción", el segundo optase por llamarse "Fe y Constitución". Ambos se fusionaron por fin en el Consejo Ecuménico que englobó así entrambas preocupaciones.

² L. DE ECHEVERRÍA: *Meditación en la capilla del Consejo ecuménico de las Iglesias*. "Incunable" 6 (1966), págs. 299-300.

Se buscó que esa fusión no supusiera en **manera** alguna la desaparición de lo que de aprovechable había en **entrambos** movimientos. Y por eso de vez en cuando se realizan reuniones de carácter doctrinal que responden a la inquietud del movimiento "Fe y Constitución".

Este año se convocó una de ellas. Y se eligió como tema central uno de extraordinaria actualidad: "Iglesia y Sociedad". De una actualidad tan punzante que una de las figuras más destacadas del ecumenismo mundial Visser't Hooft no ocultó que nadie se había dado cuenta del riesgo, verdaderamente inmenso que se había corrido al convocar una tal conferencia.

Digamos, sin embargo, que el clima era sedante de por sí. Los organizadores cuentan siempre con reuniones de oración. Y una exposición a la entrada servía también de eficaz parachoques.

Nos explicaremos: en unas cuantas vitrinas estaban las viejas fotografías, amarillentas algunas de ellas, y los recortes periodísticos de las primeras reuniones ecuménicas. No se podía menos de sentir la fuerza del contraste. Los hombres que allí veíamos, que habían hecho posible la reunión que se estaba celebrando, habían sido ya objeto de incomprendiones, recelos, líos, dificultades, disgustos, postergaciones, denuncias, controversias, refutaciones, vacíos, silencios, etc., etc. Ahora nos sentíamos orgullosos de ellos. Pero el ver la mucha razón que tenían cuando todo el mundo se la quitaba, confortaba nuestro espíritu. Es difícil empecinarse en una posición cuando se ve a qué situación puede llevar tal terquedad ideológica. El ratito de contemplación de las vitrinas antes de entrar en el salón de actos servía de silenciosa pero eficaz recomendación de calma para las deliberaciones que iban a empezar.

Un nuevo factor pesa ya en esta clase de reuniones: la opinión pública mundial. Es cierto que a veces en un sentido desfavorable: quienes hablan se sienten un poco protagonistas de aventura, y gesticulan con ese aire falso con que suelen hacerlo los actores aficionados cuando salen al escenario. Pero esto ocurría las menos veces. Lo ordinario era lo contrario: que el saber que los medios de comunicación social estaban a su servicio, que la presencia de tantos periodistas e informadores, que la repercusión de cualquiera de los gestos... pusiera un sentido de la responsabilidad en lo que se estaba diciendo. Todos sentían sobre sí que aquello que estaban haciendo era bastante más que un torneo ideológico, de relativa brillantez. Era poner en circulación eficazmente unas ideas que estaban llamadas a abrirse camino por todo el mundo.

Antonio Javierre ha señalado con agudeza³ el carácter revolucionario que ha tenido esta conferencia. No es sólo que el temario mismo haya contrastado fuertemente con el de otras conferencias anteriores. La composición de la misma cambiaba también profundamente. Había muchos más seculares que eclesiásticos. Una presencia masiva de las Iglesias jóvenes, hasta el punto de que los norteamericanos no rebasaron el 19 por 100 y los europeos occidentales el 18, proporciones éstas inauditas en cualquier otra conferencia anterior sobre temas de este tipo. Pero acaso sea todavía más sorprendente la profunda revolución que supondría el hecho de que el enfrentamiento constante se hiciera no entre Este y Oeste, sino entre Norte y Sur. En este aspecto la conferencia ha sido ciertamente un anticipo de lo que cada vez va a ocurrir más fuertemente en el mundo de la política, de la economía... y de la religión.

Sobre todo el debate pesó, citado en ocasiones, y en otras muchas más tan sólo aludido, el esquema XIII del Vaticano II. Ciertamente que no se trataba de hacer una réplica o una imitación. La reunión de Ginebra no tenía autoridad doctrinal, ni planteaba los problemas desde el mismo punto de vista. Pero no por eso la palabra ya dicha por la Iglesia Católica dejaba de influir profundamente.

El diálogo se mostró extraordinariamente difícil. Hubo momentos de tensión que casi hacían presagiar una ruptura, evitada tan sólo por la destreza extraordinaria que Dios ha dado a los anglosajones para las soluciones de compromiso⁴. La conferencia no ocultó que había un enfrentamiento profundo, radical. Pero señaló al mismo tiempo que el diálogo era posible y fructuoso. El mensaje final, al que aludiremos más abajo, lo demostró ampliamente.

La presencia católica

Un indicio más de la profundísima evolución que está suponiendo el Concilio es el hecho inaudito, que hace pocos años se habría considerado como totalmente imposible, de que la delegación católica estuviese presidida por el Subsecretario de la Congregación para la doctrina de la fe, es decir del Santo Oficio. ¿Quién habría podido imaginarlo en 1949, y en otras ocasiones semejantes? Pero el Subsecretario en cuestión era nada menos que Monseñor Charles Möeller,

³ *Todas las confesiones cristianas se enfrentan en Ginebra con el tema Iglesia - mundo*, *ibid.*, págs. 281-285.

⁴ "La Croix" de 27 de julio de 1966. pág. 8.

el ejemplar sacerdote belga, uno de los espíritus más sensibles a las exigencias del mundo moderno y del ecumenismo.

El resto de la Delegación había sido también elegido con tacto: de los ocho delegados cuatro eran seculares, procedían de tres continentes deferentes y traían la voz de la política, de la prensa, de la industria y de la economía. Los eclesiásticos eran también de franca tendencia cultural y sociológica. Así la delegación se coordinó inmediatamente y sin esfuerzo con el resto de la conferencia.

La intervención de Monseñor Möeller no defraudó pese a la expectación con que era esperada. Un discurso perfecto, en la línea de los grandes discursos de Paulo VI, y más en concreto en su Mensaje a las Naciones Unidas. Delicadamente, pero con firmeza, en un sentido francamente positivo, pero sin malabarismos ni confusiones, Monseñor Möeller dijo en su discurso lo que tenía que decir a la Asamblea. Y ésta lo agradeció. Los elogios fueron unánimes. Destaquemos la actitud de Roger Mehl, cuyos comentarios hemos de agradecer siempre los católicos⁵.

En la confrontación Iglesia católica - movimiento ecuménico, que era tanto como decir Concilio - Conferencia, se apreciaron bien las diferencias. Un tono de madurez, de mayor serenidad en el Concilio. Un tono juvenil, mucho más vibrante, menos reposado, no exento de peligro, en la conferencia. La confrontación invitaba a reflexionar. Y no dejaría de ser un argumento para esa búsqueda del rejuvenecimiento del episcopado católico que se va a iniciar, al través de la renuncia obligatoria, a los setenta y cinco años.

Los cristianos yanquis

La Conferencia descendió en no pocas ocasiones al terreno de las aplicaciones políticas concretas. Así se vio, por ejemplo, en el proyecto de marcha colectiva hacia el Palacio de las Naciones Unidas, que motivó una viva discusión, que no obtuvo la aprobación de conjunto, pero que por fin realizaron por su cuenta los jóvenes.

Y en ese terreno ocurrió lo que tenía que ocurrir, lo que sucede a los predicadores cuando riñen por faltar a misa, justamente a los que han acudido. Que mientras comunistas y paganos estaban ausentes, los cristianos de los Estados Unidos que se hallaban presentes y representados tuvieron que oírlas, de todos los colores. Hubo frases bien fuertes y hasta molestas.

⁵ Cfr. su artículo en "Le Monde", *Révolution, éthique sociale et théologie*, 27 de julio de 1966, pág. 1.

Emocionó la declaración de uno de ellos hablando en nombre de gran parte de sus setenta y siete colegas: "Querriamos que nuestro pueblo oyese lo que nosotros hemos oído. Invitamos a nuestros hermanos y hermanas cristianos de todo el mundo para que envíen delegaciones de todo el mundo a los Estados Unidos para que hablen a nuestros conciudadanos, a fin de ayudarnos a comprender mejor los problemas del mundo y nuestra posición en los asuntos mundiales... Tenemos necesidad de que nos ayudéis hablando de tal manera que las gentes puedan escuchar y comprender".

El testimonio fue emocionante y causó profunda impresión en la Asamblea.

Como hemos dicho, el enfrentamiento entre países pobres y ricos fue la nota dominante. Era el dolor del tercer mundo pidiendo ayuda a las naciones industrializadas. Los Estados Unidos servían de símbolo, pero el llamamiento se extendía a todos los demás pueblos que comparten con ellos la prosperidad económica.

El mensaje final

Por fin los cuatrocientos participantes, llegados de setenta países, se pusieron de acuerdo para formular un mensaje sumamente interesante.

En él se destacan las tres grandes cuestiones sobre las que la Conferencia había trabajado:

a) La técnica moderna: "Conscientes de las nuevas esperanzas que ha suscitado, nos hemos esforzado en descubrir cómo pueda ser utilizada y controlada de manera que sirva mejor a la liberación del hombre, a su bienestar económico y a la justicia social".

b) La necesidad de acelerar el desarrollo de los países de Asia, Africa y América Latina y de transformar radicalmente las relaciones entre estas naciones y las que están fuertemente industrializadas.

c) La lucha por la paz mundial: hay que hacer cuanto se pueda para acelerar el fin de la guerra en el Vietnam y encontrar las soluciones para las situaciones explosivas que podrían engendrar nuevas guerras. "Hemos comprobado con profunda inquietud que muchas gentes tienen una actitud cada vez más insensible y dura en relación con los medios empleados en la guerra tanto civil como internacional".

Finalmente subrayaban que "si la Iglesia debe poder guiar a sus miembros en el cumplimiento de su servicio al mundo, le es necesario descubrir el medio de mantener un diálogo constante entre los sociólogos y los teólogos, y entre los que estudian los problemas sociales

y los que pasan su vida en medio de los trabajos ordinarios de la asistencia corriente". Porque "nuestras discusiones nos han puesto de manifiesto acerca de los límites de nuestro pensamiento y nos llaman a una mayor fidelidad".

Los informadores

Apenas se habían extinguido los ecos en el salón de las reuniones de la conferencia sobre Iglesia y Sociedad cuando comenzaba otra, también muy curiosa: la de informadores religiosos.

Esta reunión no tenía ni el número, ni la solemnidad de la otra. Eramos muchas menos personas, unas cuarenta, con un tema mucho más concreto y determinado: la utilización de los medios de comunicación social al servicio del ecumenismo. Había representaciones, no obstante, de todos los continentes: de Australia, de Canadá, de Polonia, de Méjico, etc. La selección se había hecho cuidadosamente y podía asegurarse que, con alguna excepción de compromiso, todos los reunidos tenían cosas interesantes que decir.

El plan de la reunión era bien sencillo; y diametralmente opuesto al de la anterior. No hubo en el aspecto doctrinal más que una conferencia introductoria y otra de síntesis al final. Pero la "parte del león" se la llevó la información a los informadores. Dicho más llanamente: fuimos pasando por la tribuna a exponer con sencillez las experiencias que se habían realizado en cada país, las dificultades que se encontraban, los riesgos que se corrían, los resultados que se habían obtenido.

En este aspecto informativo la reunión resultó insuperable. Creemos que sería difícil, prácticamente imposible, reunir tal cantidad de experiencias. Se echó de menos, sin embargo, un mayor esqueleto ideológico. Es cierto que se trabaja en ecumenismo, y ecuménicamente. Pero ¿se salvan suficientemente los riesgos de indiferentismo? ¿Hay o no confusión? En ocasiones, oyendo a alguno de los informadores uno no podía menos de pensar en aquel "pancristianismo" de que habló la "Mortalium animos".

Es evidente la buena voluntad. Pero evidente también la dificultad en la tarea. Está naciendo un ecumenismo fácil, hecho de equívocos. Se corre el peligro de traicionar los principios fundamentales.

El papel de la información

Valiosísima, aunque casi improvisada, la intervención del director de "Irénikon" y monje benedictino de Chevetogne Dom Olivier Rousseau. Sobre datos históricos innegables demostró el papel rele-

vante que siempre ha tenido la información como lazo de unión. Buen conocedor de la historia de la separación de Oriente pudo hacer hincapié en la enorme importancia que en esta separación tuvo la falta de información.

Felizmente es éste un terreno en que se está cambiando por momentos. El movimiento ecuménico va logrando transformar la información, antaño abrupta y sectaria, sobre los hechos religiosos ocurridos fuera de la propia Iglesia, en una información abierta y comprensiva. El retrato va superando cada vez más a la caricatura.

Y en este sentido se quiere sentir trabajando. Una breve pero elocuente declaración de todos los allí reunidos subrayó el firme propósito. Lo que ocurre, insistimos, es que resulta difícil. El ecumenismo está hecho de matices, y el periodismo no siempre los respeta. La cuestión es más complicada que lo que puede creerse mirando solo superficialmente las cosas.

Señalemos la desproporción entre las representaciones. Como la reunión no tenía carácter oficial del Consejo ecuménico, la intervención de los católicos podía ser mayor, y resultó casi masiva. Bastante menor, la protestante. Y puramente simbólica, con un solo representante (negro por cierto) la ortodoxa. Lo que daba pie a una cierta tristeza pensando en que eso respondía a un hecho sociológico: ciertamente que la organización unitaria y jurídica de la Iglesia católica le facilita un acceso a los medios de comunicación social de que no disponen las demás confesiones. Ciertamente también que los protestantes, que radican en gran parte en países muy ricos, pueden disponer en abundancia de esos medios. Pero es triste pensar que los ortodoxos, sumergidos en la doble marea musulmana y comunista apenas tienen acceso. Es una voz que no logra hacerse oír. Y justo es que sus hermanos en la fe cristiana sintamos dolor al constatar este hecho.

Cuando en la Conferencia anterior sobre "Iglesia y Sociedad" se discutió en torno a las ideas, los ortodoxos pudieron hacer un papel mucho mejor cuando se trató de exponer realidades concretas. Quede aquí consignado nuestro dolor por ello. Y nuestro deseo de que también en este terreno se oiga un día poderosa su voz.

Conclusión

Si se nos pide una impresión de conjunto de entrambas reuniones diríamos que puede ser, a nuestra elección, optimista o pesimista.

Para el optimismo abundaría en argumentos. Bastaría con mirar hacia atrás. El edificio que nos albergaba, la multitud de gentes venidas de todo el mundo, el eco que las reuniones encontraban en

la prensa universal, la altura de las intervenciones, el abierto espíritu de comprensión que palpitaba en todas ellas, la convivencia misma, el auténtico sentido religioso de las reuniones de oración, la impresionante exposición de la entrada o el material acumulado en la biblioteca... nos dirían que el camino recorrido es inmenso. Todo lo que allí veíamos parecía un sueño hace unos años y es ya una realidad. Allí estaba una juventud impaciente, ardiendo en deseos de borrar diferencias. En nuestra propia mesa se sentaban hombres ya maduros que nos confesaban su emoción por ver hecho realidad lo que ellos soñaron un día. La librería del Consejo Ecuménico, con las obras apiladas allí, en tiradas a veces impresionantes por su número, y siempre por su contenido. La capilla, frecuentada por miembros de diferentes confesiones en oración sincera e intensa. Todo parecía invitar al optimismo.

Pero no faltarían argumentos para un pesimismo no menos justificado. No nos engañemos: las diferencias son profundas, y se hacían patentes a cada momento. La cortesía y la cordialidad no podían ocultar las radicales discrepancias. Los obstáculos que hay para la unión son humanamente insuperables. Los peligros, grandísimos. Lo que allí veíamos no era más que una muestra y un movimiento que dejan al margen a muchos, muchísimos millones de cristianos, que o no han sido alcanzados por él o les son positivamente hostiles. Mirando al porvenir nos sentíamos desalentados.

Y entre el optimismo y el pesimismo, la fe. Jesucristo lo quiso y hay obligación de trabajar por cumplir su voluntad. El nos ayudará y a pesar de todas las dificultades un día se logrará lo que hoy parece imposible, porque "para Dios no hay nada imposible". Y entre tanto nos toca trabajar, y equivocarnos, y rectificar, y aprender unos de otros, y comunicarnos experiencias, y rezar juntos... y venir de vez en cuando a Ginebra a respirar este ambiente de fraternidad, de amor y de paz.